

Desde la penumbra. Un retrato del exilio o la presencia de los cañaris en el Cusco

From twilight. A portrait of exile or the Cañari presence at Cusco

HERNÁN CRESPO TORAL

Academia Nacional de la Historia (Ecuador)
h.crespo-toral@andinanet.net

RESUMEN

El artículo analiza la iconografía de un cuadro de la serie del Corpus Christi que se encuentra en el Museo del Arzobispado de la ciudad de Cusco. En el cuadro, que representa la entrada del Santísimo Sacramento en la Catedral, aparece un grupo de Cañaris y un fragmento velado en el que probablemente el jefe Cañari Francisco Chilche mostraba la cabeza reducida (*tzantza*) de un guerrero inca decapitado.

PALABRAS CLAVE

Cañaris.
Incas.
Conquista.
Iconografía.

ABSTRACT

This paper studies the iconography of a picture in the Museo del Arzobispado in the city of Cusco. The picture, one of the Corpus Christi series, depicts the entrance of the Blessed Sacrament in the Cathedral. In the picture there are a group of Cañari Indians and a bit is blurred; in this fragment the Cañari chief Francisco Chilche probably exhibited the *tzantza* of an Inca warrior decapited.

KEY WORDS

Cañaris.
Incas.
Conquest.
Iconography.

SUMARIO 1. Introducción. 2. Un aporte iconográfico para la etnohistoria. 3. Referencias bibliográficas.

1. Introducción

Este trabajo está dedicado a la memoria de José Alcina Franch, insigne americanista, amigo entrañable, que realizó un importante aporte a la cultura ecuatoriana con sus investigaciones en Esmeraldas y en el Complejo Arqueológico de Ingapirca, Provincia del Cañar, Ecuador. Pepe Alcina, con un equipo interdisciplinario de la Universidad Complutense de Madrid, que integró la Misión Española en América, consolidaron y restauraron los vestigios del llamado

Castillo, las habitaciones alledañas y sacaron a luz un inmenso complejo, hasta entonces subyacente, perteneciente a la Cultura Cañari. La extensa bibliografía sobre el Ecuador¹ suya y de sus colaboradores, da cuenta sobre la diversidad de disciplinas y tópicos abarcados.

Este trabajo versa sobre los Cañaris, esa «nación» que jugó un papel importante en la Conquista Incaica de lo que hoy es territorio del Ecuador y la consecuente Conquista y Colonización españolas de la América del Sur. De alguna manera, he podido corporizar a esos personajes que fueron erradicados de sus territorios y transplantados al Cusco como «mitimaes», es decir, como deportados y que cumplieron una función esencial en el asedio, conquista y consolidación de la presencia española en el Cusco. Durante mi estadía en esa ciudad, por los años 1975 y 76², tuve la oportunidad de descubrir la presencia de los Cañaris en la famosa serie pictórica de la procesión del Corpus Christi, fiesta católica que se empezó a celebrar en el Cusco en los años que siguieron a la conquista del Perú. Los cuadros fueron pintados en el siglo XVII para la Iglesia de la Parroquia de Santa Ana, ubicada en el barrio de Carmenca y que hoy pertenecen al Museo del Arzobispado de la misma ciudad.

Dedico, también, esta investigación a otro insigne americanista, el doctor Udo Oberem, especialista en los Cañaris, gran amigo de Pepe Alcina y que realizó importantes investigaciones antropológicas en el Ecuador. Al celebrar la memoria de estos dos personajes rindo homenaje a su sabiduría y a su personalidad de Maestros que supieron inspirar valores trascendentes a sus discípulos desde sus cátedras destinadas a descubrir el pasado de nuestra América.

2. Un aporte iconográfico para la etnohistoria

Las contribuciones que la Etnohistoria está efectuando para el conocimiento de la cultura andina son notables. El método de esta ciencia permite llegar al germen mismo del proceso histórico cuando, mediante el conocimiento y meticuloso examen de las fuentes primigenias y contando con el auxilio de otras ciencias, «recompone» la vida del antiguo habitante de la Región dándola a conocer como un hecho orgánico, evitando lo fragmentario. Los últimos

¹ José Alcina Franch y sus colaboradores publicaron más de 20 títulos sobre Esmeraldas e Ingapirca como resultado de la Misión Arqueológica Española en el Ecuador.

² Durante dos periodos colaboré con el Proyecto Regional de Patrimonio Cultural PNUD/UNESCO en los Cursos de formación de Arquitectos, Arqueólogos y Conservadores de Bienes Culturales que se realizaban en el Cusco. Fui contratado, asimismo, por el Proyecto PER-39 para diseñar el «Museo de la Orfebrería Cusqueña» que se debía instalar en la Iglesia del Triunfo que ocupa el lugar del antiguo «Sunturhuasi». Fue con motivo de la planificación de este Museo, realizada en colaboración con la arquitecta boliviana Mireya Muñoz, sugerimos a las autoridades pertinentes la instalación de la serie pictórica del Corpus Christi en el ámbito de la exposición puesto que era la mejor manera de contextualizar los objetos de orfebrería sagrada que posee la Catedral del Cusco ya que muchos de ellos figuran en esos cuadros. Fue de esta manera que me familiaricé con esas obras y pude descubrir la presencia de los Cañaris en el cuadro más grande de la serie. Dada la importancia de esas pinturas como testimonio invaluable de la vida, costumbres y religiosidad del Cusco en el siglo XVII, sugerimos que el Museo llevara el nombre de «Museo del Corpus Christi» o de la Orfebrería Cusqueña. (Documento presentado al Instituto Nacional de Cultura del Perú y a la UNESCO. Cuzco, Setiembre de 1975).

estudios empiezan a entregarnos una versión más profunda del proceso histórico pues ya no ponen de relieve solamente los hechos excepcionales, los personajes que «pasaron a la historia», las personalidades que imprimieron un sello peculiar a su tiempo, sino, y sobre todo, nos descubren la comunidad, torrente vital, generadora de la cosmovisión de los pueblos. De esta manera estamos incursionando en terrenos antes desconocidos donde aparece una vocación comunitaria y activa del hombre como actor de su destino.

Uno de los acápites más trascendentales que se aborda actualmente en el proceso de la conquista incaica, dentro del devenir histórico-cultural del área Andina, es el fenómeno de los mitimaes o «mitimaccuna», ese despiadado y eficaz sistema de deportación empleado por los Incas para consolidar el dominio, sofocar la rebelión y someter los pueblos a su autocrático régimen político.

Los trabajos más recientes han tratado de desentrañar las implicaciones psicológicas, sociológicas y aún biológicas que tenían esas masivas erradicaciones de pueblos acostumbrados a vivir en un «habitat» determinado, con cultura propia, herencia y tradición y que, de repente, fueron trasladados al otro confín del Tahuantinsuyo sin que ni siquiera se tratara de reproducir, de hallar, en alguna manera, condiciones ecológicas similares a las de su lugar de origen.

Estas deportaciones masivas produjeron un sentimiento acendrado de cohesión étnica, un inmenso rencor contra los dominadores que, como se verá más adelante, explotó cuando se suscitó la primera oportunidad. Así mismo, se cultivó un celo por guardar sus rasgos característicos, es decir la identidad, entre los que debió sobresalir la lengua, el idioma nativo, vehículo de comunicación y de aislamiento ante las circunstancias hostiles del nuevo medio. Aspiración fundamental debía ser la endogamia, única manera de mantener las características de tipo biológico y cultural tradicionales en el destierro (uno de los casos más relevantes es el del pueblo judío).

Es de suponer que el momento en que el Inca conseguía consolidar su dominio, tanto en la región conquistada como en el sitio en el que se asentaban los «mitimaccunas», debía producirse una distensión que, con el transcurrir del tiempo, debió normalizar, si cabe el término, las relaciones entre vencedores y vencidos. Sólo así se explican los «privilegios» que ciertos pueblos de «mitimaccunas» tuvieron en épocas de Tupac Yupanqui y Huaynacápac, tales como conformar la «garde de corps» del Inca, o estar exentos de tributos, como lo dice el Virrey don Francisco de Toledo en carta enviada desde el Cusco a Su Majestad el 24 de setiembre de 1572.

Los cañares y chachapoyas, que eran unos 500, que estaban por el Inca destinados a la guarda de la fortaleza del Cusco y exentos de tributo (Jiménez de la Espada 1965 II: 51).

En valiosos estudios sobre los Cañaris (Oberem 1974-76; Oberem y Hartmann 1979), se ha tratado de conocer las razones fundamentales de su actitud durante la época de la Conquista y de la Colonia. Estas contribuciones son una pauta para proseguir en el empeño

por desentrañar la cosmovisión de un pueblo que desempeñó un papel preponderante en momentos cruciales para la Zona Andina, como fueron la expansión incaica y la conquista española.

Sabido es que durante la conquista que efectuara Túpac Yupanqui del territorio de los Cañaris —actuales provincias de Azuay y Cañar— erradicó a un gigantesco número de personas de su tierra natal, como asevera Cieza de León,

de estas tierras anduvo Tupac Inca Yupanqui hasta ser llegado a los Cañaris, con quienes también tuvo sus porfías y pendencias, y siendo dellos lo que de los otros, quedaron por sus vasallos y mandó que fuesen dellos mismos al Cusco, a estar en la misma ciudad, más de quince mil hombres con sus mujeres y el señor principal dellos, para los tener por rehenes, y fue hecho como se mandó (Citado en Cevallos García 1960: 134).

Si es que damos fe a la crónica de Cieza de León, alrededor de 30.000 personas fueron deportadas y llevadas hasta el Cusco, o lo que vale decir, al Perú, puesto que a más de los hombres y mujeres debieron también ir los niños. Este fraccionamiento tan brutal de la nación cañari tendría una serie de consecuencias insospechadas, no sólo en el destino de los pueblos indígenas que formaban parte del Incario, sino incluso en el drama de la Conquista hispánica, en el que los Cañaris jugaron un papel muy importante.

Al morir Huayna Capac el movimiento que se produce en el Tahuantinsuyo no es el de una simple división territorial, como bien anotan los estudios de Oberem (1974-76: 265) y de Franklin Pease (1972), ni es unánime el criterio sobre su sucesor sino, por el contrario, se plantea una enconada lucha por el poder entre Huáscar, respaldado por las élites Cusqueñas y Atahualpa, el inca quiteño, que está apoyado por los viejos generales que habían acompañado a Huayna Capac en la guerra de consolidación del Tahuantinsuyo. El problema es muy complejo pues es la oportunidad en la que afloran los antiguos sentimientos nacionales, reprimidos por el duro régimen inca, los intereses particulares de los pueblos por su supervivencia y bienestar o por la obtención de garantías y prebendas.

En este momento los Cañaris se encuentran en una encrucijada, en una hora angustiosa, en la que tienen que proceder con inmensa cautela pues de su actitud depende su destino. Algunos Cronistas e historiadores han creído ver, en la posición asumida por los Cañaris, traición o deslealtad. Para ellos es un momento trágico de enfrentamiento entre hermanos pues están integrando, por la fuerza de las circunstancias, por un lado, los ejércitos de Atahualpa bajo el mando de Quizquiz y de Calicuchima y, por otro, los de Huáscar que ha reclutado específicamente a 1.200 cañaris de entre los numerosísimos «mitimaccuna» afincados en la región del Cusco para su guardia y servicio (Santacruz Pachacuti, citado por Oberem y Hartmann 1979). (Hay que recordar, por ejemplo, que el cacique Ullco Colla, jefe cañari que militaba en las huestes de Huáscar, participó en las batallas de Tomebamba —territorio cañari— y habiendo caído prisionero, el vencedor Atahualpa ordenó su ajusticiamiento).

Si es que hubo una actitud ambigua de los Cañaris, ésta es explicable puesto que en el acto de tomar partido o rendir vasallaje a uno de los dos hermanos, se jugaba la suerte total, es decir, la supervivencia de un pueblo. Cuando la mayoría de los Cañaris opta por el bando de Huáscar se procede sin duda por un instinto de conservación, para resguardar la vida de aquellos descendientes de los «mitmaccuna» deportados por Túpac Yupanqui. Ese conglomerado humano se encontraba en las proximidades del Cusco, tierra de Huáscar, o en otras parcialidades peruanas bajo su control donde peligraba su vida de haber, los Cañaris que aún vivían en su propia tierra, escogido a Atahualpa. El devenir de los acontecimientos perjudicó definitivamente a los Cañaris puesto que al vencer Atahualpa tomó cuenta venganza contra ellos haciendo pasar por las armas a un número increíble de personas, que según las versiones de algunos de los Cronistas de Indias, se puede calcular entre 3.000 y 50.000 (Oberem 1974-76: 266).

Es este acontecimiento el que determinaría la posterior actitud de los Cañaris. Su anhelo de venganza contra los Incas se manifestaría en la ayuda que prestan a los españoles para la conquista del Tahuantinsuyo. Son ellos los que establecen los primeros contactos cuando los españoles llegan a Túmbez y su aporte sería definitivo para la consolidación de la Conquista. En un medio hostil, adverso y desconocido para los ibéricos, ellos les servirán de guías tanto en el camino hacia Quito, con Benalcázar, como hacia el Cusco, con los Pizarro. Son los Cañaris quienes permiten la supervivencia de los Pizarro durante el asedio de Manco Inca al Cusco y son ellos quienes, durante ese larguísimo sitio, les proveen de alimentos y vituallas,

donde la mucha y muy esforzada diligencia que hacían para buscar de comer no los librara de muerte de hambre, según la que pasaban, si los indios que tenían domésticos no los socorrieran como buenos amigos. Los cuales dando a entender que negaban a sus amos, se iban a los indios enemigos y andaban con ellos de día y por ganar crédito hacían que peleaban contra los españoles y a la noche volvían a ellos con toda la comida que podían traer (Inca Garcilaso 1960 III: 124).

Es un Cañari quién, en enfrentamiento de hombre a hombre, extermina al guerrero inca cuando, cansados del incesante e ineficaz asedio, luego de cinco meses, los incas resuelven que «un indio capitán que se tenía por valiente» (Inca Garcilaso 1960 III: 125) desafíe a los «viracocha», es decir a los españoles para, en una batalla cuerpo a cuerpo, decidir la litis.

La intervención del cañari, según Garcilaso, fue decisiva en la derrota de Manco Inca puesto que,

el Inca y los suyos se quedaron extrañamente escandalizados de la victoria del cañari, que si la ganara un español no tuvieran en tanto, y por ser de un indio vasallo de ellos lo tomaron por malísimo agüero de su pretensión; y como ellos eran tan agoreros, desmayaron tanto con este pronóstico que de allí en adelante no hicieron en aquel cerco cosa de momento sino fué la desgracia-muerte del buen Juan Pizarro que luego diremos (Inca Garcilaso 1960 III: 127).

Para los Cañaris esta ayuda a los españoles implicaba no sólo la reconquista y el afianzamiento de su territorio ancestral, en lo que hoy es Ecuador, sino lograr muchos privilegios.

A partir de la consolidación de la Conquista los Cañaris asumieron una posición de predominio en relación con las otras etnias de la Zona Andina.

Según Jiménez de la Espada,

en el Cusco hay dos parcialidades de indios que llaman cañares y chachapoyas, que son traídos allí de los llanos de la provincia de Quito, los cuales se dieron a los christianos en tiempo de la conquista y por ellos son reservados de tributo; solamente governa (así) la justicia Real / Duermen siempre de ordinario en casa del corregidor; son indios en su guarda y rondan con él de noche por la ciudad; son obligados a dar todos los mensageros que fueren menester para todo el reino, que salgan del Cusco, y donde quiera que llegan les dan de comer, sin que por ello les lleven nada; y traen sus insignias para ser conocidos (Jiménez de la Espada 1965 II: 51).

De esta manera los antiguos oprimidos pasaron a ser opresores, los vencidos se transformaron en vengadores. De allí que cuando, ya cimentada la Conquista, los españoles comenzaron a contemporizar con sus antiguos enemigos, los Incas y, sus aliados Cañaris se veían puestos no sólo desde el punto de vista del honor sino también de privilegios económicos, reaccionaron espectacularmente valiéndose de una celebración multitudinaria como era la de la fiesta del Corpus Christi. Allí don Francisco Chilche, jefe de los Cañaris, el mismo que años antes, en 1536, en el asedio del Cusco por Manco Inca derrotara al guerrero inca que había desafiado a los españoles y cortado su cabeza, la exhibiera ahora «contrahecha y asida por el cabello» (Inca Garcilaso 1960 VIII: 129), tratando de reclamar sus derechos con este gesto dramático que recordaba las acciones de los Cañaris a favor de los conquistadores.

Este preámbulo ha servido para tratar de ubicar a los Cañaris en el Cusco tanto en épocas prehispanicas como durante la Conquista y Colonia españolas y para de alguna manera explicar su rol en esta conflictiva sociedad. Para lograrlo me he valido de las fuentes de los Cronistas y de la invalorable ayuda de los etnohistoriadores contemporáneos. Ahora trataré de que estos personajes adquieran una fisonomía, se encarnen en la vida real, mediante una excepcional representación iconográfica de la escuela Cusqueña del siglo XVII.

Comenzaré refiriéndome a la apariencia física de los Cañaris, acudiendo a algunos de los Cronistas que los describen como sigue:

los Cañaris son de buen cuerpo y de buenos rostros. Traen los cabellos muy largos, y con ellos dada una vuelta la cabeza, de tal manera que con ellos y con una corona redonda de palo tan delgada como un aro de cedazo, se ve claramente ser Cañaris, porque para ser conocidos traen esa señal (Cieza de León 1941: cap. 44).

La gran provincia llamada cañari, cabeza de otras muchas, poblada de mucha gente, crecida, belicosa y valiente. Criaban por divisa los cabellos largos —recogíanlos todos en lo alto de la corona donde los revolvían y los dejaban hechos un ñudo. En la cabeza traían por tocado los más nota-

bles y curiosos un aro de cedazo de tres dedos de alto. Por medio del aro echaban unas trenzas de diversas colores; los plebeyos y más aína los no curiosos y flojos hacían en lugar del aro de cedazo, otro semejante de una calabaza; por esto a toda la nación cañari llaman los demás indios para afrenta Mati-Uma, que quiere decir cabeza de calabaza (Inca Garcilaso 1960 VII: cap. 4).

Los Cañaris ocupaban un sitio determinado en la ciudad del Cusco, habitaban en el barrio de Carmenca y en la parroquia de Santa Ana, según Fray Martín de Murúa, Padre Mercedario, señala en su «Historia y genealogía de los reyes incas del Perú», escrita en 1590 que:

Los *cañares* de la guardia del Inga vivían en el *Cusco* (en tiempo del Padre) en la parroquia de Santa Ana y tenían aún por su capitán y jefe a Don Pedro Purqui. Que la audiencia les confirmó los privilegios que les dió el Inga y les dió también por armas una cruz con escudo de plata que traen tocado y puesto en la cabeza; y por ser valientes y animosos, se les añadieron por insignias dos leones a los lados de la cruz levantados y mandando (Jiménez de la Espada 1965 II: 51).

Entre las funciones principales que ejercían los Cañaris, como se ha señalado, estaban las de vigilancia de la ciudad, las de mensajeros y, para cumplirlas, se les autorizaba a llevar sus armas, siendo la lanza uno de sus atributos principales como lo subrayan los Cronistas:

El Jueves santo, que se vela la ciudad como las demás del Perú por razón de estar encerrado el Santísimo Sacramento y entierro de infieles, andan 300 *dellos con sus lanzas acompañando la procesión y la justicia*». Los (así, por son) grandes enemigos de la nación de los incas, cuando el Cusco hace guerra, salen éstos en servicio del Rey (Jiménez de la Espada 1965 II: 51).

Aún en el Diccionario Quichua de Diego González de Holguín, publicado en 1608, hay términos especiales para referirse a las famosas lanzas de los Cañaris.

Chuqqi, lanza de los cañaris

Chascachuqui, lanza con borlas de los cañaris

Chazcachuqui, la lanza de los cañaris con borla grande como bola.

Llacachuqui, lanza de guerra emplumada.

A través de las descripciones tomadas de los Cronistas se nota, así mismo, que los Cañaris tenían un rol principal en los acontecimientos de tipo religioso, en la procesión de Jueves Santo, según Jiménez de la Espada, en la del Corpus Christi, en el relato del Inca Garcilaso, y en las famosas fiestas de celebración de la beatificación de San Ignacio de Loyola el año de 1610, como lo señala una Crónica anónima de la época³.

Todas estas aproximaciones conducen ya a una ubicación más precisa de lo que tratamos de demostrar. En los famosos cuadros de la serie llamada del Corpus Christi, que se exhiben en el museo del Arzobispado de la ciudad del Cusco y que antes estuvieron en su lugar original, en la

iglesia de la parroquia de Santa Ana de dicha ciudad, hay uno en el que todas las descripciones señaladas parecen ajustarse a los de los Cañaris. Se trata de un gran cuadro en el que el Santísimo Sacramento está entrando en la Catedral en medio de la veneración general. Allí aparecen las autoridades civiles y eclesiásticas y los indios principales de las diversas parroquias llevando en andas a sus santos patronos, mientras que un grupo de indios muy galanamente ataviados, rinde adoración a la Eucaristía. Estos personajes son los Cañaris. He aquí la descripción de la Crónica anónima «Relación de las fiestas» de la beatificación de San Ignacio, que tuvieron lugar en Cusco, impresa en Lima el año de 1610, en la Imprenta de Francisco del Canto,

el Domingo, que fué el día de la fiesta de los Vizcaynos vino la parochia de Santa Anna poco antes de la Missa mayor, entro la procession por la plaza que estaua llena de Españoles, metio delante *treientos soldados cañares, armados de picas, alabardas y muchos arcabuzes*, y muy bien vestidos, sitiaron en la placa vn castillo que trahian, combatieronlo haziendo sus escaramuzas al son de las caxas, no entro la procession en la Iglesia, por estar llena de Españoles, y ser estos más de cinco mil Indios, y assi se les predicó en la plaza (Citado en Romero 1933: 126).

(Nótese el grupo de indios vestidos a la usanza española, con grandes tocados de plumas y cuyas armas coinciden de manera cabal con la descripción de la crónica.)



Figura 1. Serie del Corpus Christi. Entrada del Santísimo Sacramento en la Catedral.

³ Crónica anónima, *Relación de las Fiestas* (de la beatificación de Ignacio de Loyola), imprenta Francisco del Canto, Lima, 1610 (citado en Romero 1933).

y más adelante, continúa,

las fiestas que el Domingo siguiente despues de la Ascension se hizieron se auentajaron a estas, salieron en primer lugar *quatrocientos indios Cañares* (que como se dixo arriba eran la guarda del Inga) *en muy bien aderezados forma de esquadron con sus capitanes, muy vizarros, con turbantes, chipanas, ajorcas de plata, canipos también de plata, que son a figura de luna con las armas que ellos vsauan y las que nosotros vsamos, espadas; picas, arcabuzes, &*, hicieron su entrada con grande aparato de guerra, como los passados que diximos, entraron tras ellos otros dozientos indios también Cañares (El subrayado es mío; citado en Romero 1933: 127).

Esta descripción es, indudablemente, la de los Cañaris afincados en el Cusco, tan ricamente representados en el cuadro del Corpus Christi. Es de señalar el lugar predominante que tiene dentro de los santos que integran la procesión y que aguardan su entrada a la Catedral, la imagen de Santa Ana, patrona de la Parroquia de Carmenca, residencia de los Cañaris en el Cusco y para cuya Iglesia fuera pintada la serie del Corpus Christi.

Quiero, por último, lanzar una atrevida hipótesis que surge del estudio detenido del cuadro del Corpus Christi en el que los Cañaris son los protagonistas, pues son el punto focal de la pintura, no sólo porque ocupan todo el cuarto izquierdo del cuadro, sino por la riqueza de sus vestidos, su actitud desenvuelta en relación con el hieratismo de los demás personajes y por sus magníficos penachos de plumas blancas. Creo que los Cañaris mandaron pintar esta serie para celebrar, en el cuadro de mayor tamaño, el gran acontecimiento que acaeció durante la celebración del Corpus Christi, el 6 de junio de 1555, relatado por el Inca Garcilaso de la Vega en el que el Jefe Cañari, Francisco Chilche, mostró indignado la cabeza reducida del guerrero Inca al que decapitara cuando el sitio de Manco Inca a los Españoles en la Plaza del Cusco, iniciando de esta manera el fin del Imperio Incaico. Se funda mi creencia en el hecho de que la parte central del cuadro ha sido velada (o eliminada) para hacer desaparecer a dos personajes que allí figuraban, seguramente debido a la afrenta que esto implicaba para los Incas, soberanos del Cusco. Quedan como evidencia la cara de un niño (?) tocada por un casco con una pluma roja y un fragmento del morrión de plumas blancas que debió ser el adorno de otro gran personaje, como los que conforman el cortejo de los Cañares. Quizá el personaje era Francisco Chilche. Quizá fue borrada su imagen irreverente, como cuando los enardecidos Incas que, sentados cerca del Oidor Garcilaso de la Vega, en una tribuna próxima al Santísimo Sacramento, quisieron hacerlo y se lanzaron a matar a Chilche en el momento en el que enarboló la cabeza reducida, —la *tzantsa*⁴— del desventurado guerrero Inca.

⁴ *Tzantsa* es el término que se usa para nombrar a las cabezas reducidas antiguamente por los Shuar, etnia que se radica en la zona amazónica del Ecuador, próxima al territorio que ocupaban los Cañaris y que se sabe, históricamente, mantuvieron estrechas relaciones.



Figura 2. Detalle de los Cañaris (véase la representación completa en la figura 1).



Figura 3. Detalle de la posible figura velada de Francisco Chilche (véase la representación completa en la figura 1).

Transcribo el relato de Garcilaso y pongo de relieve el dramatismo del episodio:

Yendo pasando las cuadrillas como hemos dicho para ir en procesión, llegó la de los cañaris, que aunque la provincia de ellos está fuera del distrito de aquella ciudad, van con sus andas en cuadrilla de por sí, porque hay muchos indios de aquella nación que viven en ella y el caudillo dellos era entonces don Francisco Chillchi, cañari, de quien hicimos mención en el cerco y mucho aprieto en el quel el príncipe Manco Inca tuvo a Hernando Pizarro y a los suyos cuando este cañari mató en la plaza de aquella ciudad al indio capitán del Inca que desafió a los españoles a batalla singular. Este don Francisco subió las gradas del cementerio muy disimulado, cubierto con su manta y las manos debajo de ella, con sus andas sin ornamento de seda ni oro, más de que iban pintadas de diversos colores y en los cuatro lienzos del chapitel llevaba pintadas cuatro balallas de indios y españoles.

Llegando a lo alto del cementerio en derecho del cabildo de la ciudad, donde estaba Garcilaso de la Vega, mi señor, que era corregidor entonces y su teniente el licenciado Monjaraz, que fue un letrado de mucha prudencia y consejo, desechó al indio cañari la manta que llevaba en lugar de capa y uno de los suyos la tomó de los hombros y el se quedó en cuerpo con otra manta ceñida...., llevaba en la mano derecha una cabeza de indio contrahecha asida por los cabellos. Apenas la hubieron visto los Incas, cuando cuatro cinco de ellos arremetieron con el cañari y lo levantaron alto del suelo para dar con él de cabeza en tierra. También se alborotaron los demás indios que había de la una parte y de la otra del tablado donde estaba el Santísimo Sacramento, de manera que obligaron al licenciado Monjaraz a ir a ellos para ponerlos en paz. Preguntó a los Incas que por qué se habían escandalizado. El más anciano respondió diciendo: «Este perro *auca*, en lugar de solemnizar la fiesta viene con esta cabeza a recordar cosas pasadas que estaban muy olvidadas.

Entonces el teniente preguntó al cañari qué era aquello. Respondió diciendo: «Señor, yo corté esta cabeza a un indio que desafió a los españoles que estaban cercados en esta plaza con Hernando Pizarro y Gonzalo Pizarro y Juan Pizarro, mis señores y mis amos, y otros doscientos españoles, y ninguno de ellos quiso salir al desafío del indio por parecerles antes infamia que honra pelear con un indio uno a uno. Entonces yo le pedí licencia para salir al duelo y me la dieron los cristianos y así salí y combatí con el desafiador y le vencí y corté la cabeza en esta plaza». (Inca Garcilaso 1960, IV: 129)

Para tratar de dilucidar este problema habría que estudiar detenidamente la pintura, examinar el soporte y someter al cuadro, en la zona en que se encuentran esas veladuras a un examen de rayos X. Se contribuiría así a esclarecer este insólito episodio de la historia Andina que nos llega desde la penumbra de los siglos.⁵

⁵ Los cuadros de la serie del Corpus Christi han sido estudiados y descritos por varios autores y en el año de 1996 fueron expuestos en Europa. Para trasladarlos fueron objeto de limpieza y restauración. Por ejemplo, se completó (!!) la cabeza del personaje niño (?) tocado por un casco con una pluma roja del cuadro de los Cañaris. No se conoce si se efectuaron exámenes con rayos infrarrojos o rayos X de la parte velada de dicha obra. La exposición en Italia fue ilustrada con el catálogo «La processione del Corpus Domini nel Cusco», Roma 1996, editado por el Fondo Pro Recuperación del Patrimonio Cultural de la Nación del Banco de Crédito del Perú. El cuadro de los Cañaris, así como un fragmento del mismo, fueron reproducidos en la *Historia del Ecuador*, Salvat Editores Ecuatoriana 1980 (vol. 2, pg. 52, y vol 3, pg. 93).



Figura 4. Detalle de los Cañaris (véase la representación completa en la figura 1).

3. Referencias bibliográficas

CEVALLOS GARCÍA, Gabriel

1960 *Visión teórica del Ecuador*. Biblioteca Ecuatoriana Mínima. México: Cajica.

CIEZA DE LEÓN, Pedro

1941 *Crónica del Perú*. Madrid: Espasa-Calpe.

INCA GARCILASO DE LA VEGA

1960 *Obras Completas*, vol. III. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.

JIMÉNEZ DE LA ESPADA, Marcos

1965 *Relaciones geográficas de las Indias-Perú*. Biblioteca de Autores Españoles, II. Madrid: Atlas.

OBEREM, Udo

1974-76 «Los cañaris y la conquista española de la Sierra ecuatoriana —Otro capítulo de las relaciones interétnicas en el siglo XVI». *Journal de la Société des Américanistes* LXIII: 265-275. París.

OBEREM, Udo y Roswith HARTMANN

1979 «Apuntes sobre los cañaris en el Cusco y en otras regiones del Altiplano peruano-boliviano durante la Colonia», en *Memoria del Primer Congreso Ecuatoriano de Arqueología*, pp. 106-123. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana.

PEASE, Franklin

1972 *Los últimos incas del Cuzco*. Lima: Ediciones P.L.V.

ROMERO, Carlos A.

1933 «Festividades del tiempo heroico del Cuzco». *Revista Universitaria* XXII (2ª época). Lima.